MARTIN LUIS GUZMAN

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

PRESENTACIÓN

por Emmanuel Carballo

Martín Luis Guzmán forma con Alfonso Reyes y José Vasconcelos el triunvirato de nuestros grandes escritores. Son, recordemos la retórica de las artes plásticas, los *tres grandes* de la literatura. Con ellos empieza entre nosotros el siglo XX y con ellos, hasta ahora, culmina.

Guzmán nació en la ciudad de Chihuahua el 6 de octubre de 1887. Su infancia transcurrió en Tacubaya y en el puerto de Veracruz. De nuevo en la ciudad de México, asiste a la Escuela Nacional Preparatoria, plantel "superior del liberalismo mexicano, liberalismo allí humanístico y amante de cuanto trascendiese a cultura". Ella lo inició "en el amor de las ideas claras y en el horror de las nebulosidades con que a menudo se pretende suplantar el verdadero conocimiento". En *Apunte sobre una personalidad* —bosquejo autobiográfico—, caracterizó así esa Escuela de sus años de estudiante: "Álgebra y geometría era toda la Preparatoria de aquellos años, y si sus enseñanzas ambulaban por entre abstracciones, éstas no procedían, por cierto, de la sola sonoridad abstracta de las palabras ni de sus denotaciones y connotaciones indefinibles."

Las notas distintivas del Martín Luis Guzmán adulto viven ya implícitas en el Martín Luis Guzmán adolescente. La atmósfera y la enseñanza liberales de la Preparatoria, aunadas al claro ejemplo paterno, se transformarán, corriendo los años, en el sistema nervioso de su pensamiento y de sus actos. La Preparatoria fijó, asimismo, los cimientos de su estilo: el culto a la palabra precisa; el placer de mezclar las voces —para él, dóciles guarismos— previendo el fértil resultado; la intención geométrica de agrupar los incidentes de la anécdota como si fuesen caras que concurren a construir un cuerpo. Estos rasgos de su estilo lo apartan de cierta corriente tradicional en nuestras letras: el barroquismo mental y expresivo. (En un prosista, el estilo debe ser conducción e inducción de ideas; si esto no ocurre, se convierte en retórica.) Se ha dicho que el arte literario es, en mayor o menor medida, el arte de la puntuación; de puntuar, *activándolos,* el ritmo y el asunto. Guzmán, maestro en ese arte, puntúa con pareja destreza la ferocidad de Villa que el histrionismo de Obregón; la terquedad pueblerina de Carranza que el fervor iluso de Mina; el ritmo apresurado de *La sombra del caudillo* que el lentísimo ritmo de las *Memorias de Pancho Villa*; el ritmo de la estampa que el de la novela; el de la biografía y el de la historia.

En el puerto de Veracruz, hace sesenta años, Guzmán se inició en las letras: editaba con Feliciano Peña una hoja quincenal, *La Juventud,* que aspiraba a influir "en las costumbres de la época". Tenía entonces sólo trece años.

Ya en México, formó parte con Reyes, Vasconcelos, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri y otros escritores del grupo que se denomina Ateneo de la Juventud. La seriedad y el profesionalismo son, entre otras no menos valiosas, las cualidades que distinguen a ese equipo de escritores. Su aportación a la vida cultural del país puede sintetizarse, con palabras de Guzmán, en estos rasgos esenciales: "fidelidad a la vocación, amor al oficio y repudio de la improvisación". Además, y no conviene insistir en ello porque todos lo saben, el Ateneo de la Juventud renovó el pensamiento y las letras de México: su esfuerzo hizo posible que adviniese entre nosotros el siglo XX. Si en 1910 se inaugura una nueva etapa en las instituciones políticas, ese mismo año de 10, gracias al Ateneo, la filosofía rompe con las ideas de Comte y la literatura se libera —en los textos de los mejores— del realismo costumbrista en la prosa y del Modernismo en la poesía.

El mayor influjo que advierte Guzmán en su obra es el del paisaje del Valle de México (el alto valle metafísico que evocó Alfonso Reyes): "el espectáculo de los volcanes y del Ajusco envueltos en la luz diáfana del Valle, pero particularmente en la luz de hace varios años", previos a aquél en que el autor de *Visión de Anáhuac* entonase la "palinodia del polvo". La estética de Martín Luis Guzmán es ante todo geografía. Desea ver su material como se ven las anfractuosidades del Ajusco un día luminoso, o como lucen los mantos de nieve de los volcanes. Si no, me lo ha dicho repetidas veces, no está satisfecho.

Sus maestros en la prosa apenas si sobrepasan la media docena: desde niño le cautiva la prosa de Rousseau; a través de traducciones —no lee el latín— frecuenta a Tácito y a Plutarco; en las letras españolas se siente deudor de Cervantes, Quevedo, Granada y Gracián; en lengua inglesa la cita de William Hazlitt es obligatoria.

Los hábitos y estímulos de cada escritor revelan, hasta cierto

punto, su propio carácter y el de su obra. Contada por Guzmán, he aquí la forma como escribe: "En estas horas de silencio —las altas horas de la madrugada— hasta el mínimo ruido me perturba, sobre todo en ciertos pasajes. Abandono la máquina de escribir y tomo el lápiz. Con lápiz he escrito, por ejemplo, casi todas las *Memorias de Pancho Villa,* varios capítulos de *El águila y la serpiente*: 'Una noche de Culiacán', la primera parte de 'La carrera en las sombras' y 'La fiesta de las balas'."

LA OBRA:

La querella de México, su obra inicial, data de 1915. Es un ensayo de coordinación histórica y política que comprende, tras breve repaso de nuestra historia, el periodo que va de 1910 a 1915. En ella se estudia, desde el punto de vista de la psicología social, los problemas básicos del país. Guzmán encuentra de ese modo los rasgos que explican y unifican lo mexicano en el curso de su evolución histórica.

A orillas del Hudson (1920), a la que el autor califica como "obra de un mandarín de las letras", recoge artículos y ensayos diversos en los que priva la doctrina del arte por el arte. Es un libro impar —por el tono y los temas— en su bibliografía.

El águila y la serpiente (1928), ¿novela o crónica novelada?, relata las experiencias de un joven —el propio autor— que pasa de las aulas universitarias a plena lucha armada. Describe lo que vio en la Revolución tal cual lo vio, de acuerdo a su edad y a su preparación académica.

La sombra del caudillo (1929) es una novela que cuenta, entreverados, un par de dramas de la política nacional: el que desemboca en el movimiento delahuertista y el que concluye con la muerte de Francisco Serrano. Todos los personajes que allí aparecen son réplica de seres reales, menos uno, Axkaná González —mezcla de indio y español—, que representa la conciencia revolucionaria.

Las *Memorias de Pancho Villa* (primera edición completa, 1951) proceden, en germen, de las numerosas conversaciones que Guzmán sostuvo con el sorprendente guerrillero. Tal vez sea éste, entre todos sus libros, el que mayor número de problemas le planteó. Detrás de cada una de las palabras existen testimonios oculares y documentos; para escribirlo tuvo Guzmán que adentrarse en el cuerpo y en el alma de Villa: expresar sus impulsos contradictorios y su acción revolucionaria, contado todo ello como él lo hubiera hecho.

En *Muertes históricas* (1958) recrea en tercera persona el desenlace vital de Porfirio Díaz y Venustiano Carranza. No siente hacia sus personajes simpatía o antipatía: a través de sus actos aprobamos o rechazamos su conducta. Díaz y Carranza, vistos por Guzmán, merecen nuestra admiración: sus muertes nos reconcilian con sus evidentes vicios corpóreos.

Islas Marías (guión para una película, 1959) injerta el drama a la novela, procedimiento de que se sirve para animar, con la concisión de sus libros anteriores, la vida del penal y de algunos reclusos.

Academia (1959) recopila los discursos que en diversas oportunidades ha dicho en la Academia Mexicana de la Lengua. Están construidos estos discursos en función de las ideas: son razonamientos en los que se identifican la precisión ideológica y la austeridad idiomática. El Guzmán de los discursos en nada desmerece ante el Guzmán narrador o ensayista.

Martín Luis Guzmán es, en toda su obra, uno y único. Uno, porque en la diversidad de los géneros que ejercita resplandece la unidad de sus propósitos: la realización de valores artísticos y el planteamiento de sus creencias y puntos de vista. Conjunta en un todo armónico las tareas propias del hombre de letras y del hombre de acciones y reacciones públicas. Él se juzga a sí mismo como un hijo de su hora y de su país, "de aquello que mi país y mi hora tienen de más inquietante, por más vivo y fecundo". Único, porque asimila una tradición y la expresa mediante recursos personales.

El influjo que ejerce en nuestras letras ha ido de menos a más. Abrió con *La querella de México* una amplia puerta a las especulaciones sobre la vida política del país. *El águila y la serpiente* reinaugura entre nosotros el género en que se entremezclan e identifican, con eficacia literaria, la prosa narrativa y el ensayo. *La sombra del caudillo* actualiza la novela de intención política. En estas dos últimas obras se sobrepone el razonamiento dialéctico de los hechos a la interpretación emocional y anárquica de esos mismos acontecimientos. Si bien es literatura inscrita en nuestra tradición, la de Fernández de Lizardi, la trasciende mediante una cultura de primera mano adquirida en los antiguos y en los modernos y, sobre todo, mediante la creación de uno de los estilos más perfectos y lúcidos de las letras escritas, hoy día, en lengua castellana.

Guzmán posee una de las voces más amplias y sugerentes entre las de los escritores mexicanos de ahora. Habla con sapiente naturalidad. Las palabras salen de su boca investidas con la luz austera de la inteligencia. Los silencios en que incurre se identifican, por su duración, con los distintos signos ortográficos: la coma, el punto y coma, el punto y aparte. Distingue al hablar, mediante el empleo de las redondas y las bastardillas, el peso y la densidad de cada vocablo. Es, creo, el más juicioso y talentoso intérprete de sus propias obras.

Los textos suyos que se incluyen en este disco están inscritos en *El águila y la serpiente*. "En el Cuartel General" forma parte del Libro Tercero, "Umbrales revolucionarios". "La fiesta de las balas", del Libro Séptimo: "Iniciación de villista". Uno y otro ofrecen las impresiones que un escritor de gabinete experimenta en un mundo polar al suyo y, también, las deducciones que en el propio campo de los acontecimientos formula sobre personas, intereses de facción y confusas ideologías revolucionarias. En el primero sobresale el poder analítico de Guzmán: ofrece retratos —externos e internos— de las principales figuras que rodean al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Venustiano Carranza. El retrato de éste último, incisivo e implacable dentro de su habitual objetividad, explica la actual situación de privilegio de don Venustiano y deja entrever lo que ocurrirá años después, en Tlaxcalantongo. El segundo, en cambio, es una muestra imponderable de su aptitud para la *ficción pura.* No existen en la abundante narrativa revolucionaria, que crea Guzmán con esta obra, páginas sobre hechos sangrientos que puedan compararse a éstas. El carácter de Rodolfo Fierro, personaje de tres dimensiones, ensombrece e ilumina, con su brutalidad hacia los prisioneros "colorados" y su ternura hacia sí mismo, las horas últimas de una tarde de la llanura chihuahuense en la que el viento, frío y tenaz, apretaba los grupos de jinetes y de infantes.

Ciudad de México, enero de 1960

Murió 22 diciembre, 1976

EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE
(Selección)

por Martín Luis Guzmán

CARA I
Duración: 20'00"

En el cuartel general

Ya había anochecido cuando Alberto J. Pani y yo llegamos a Nogales. En la estación —feo cobertizo semejante a los que acabamos de ver en el largo trayecto arizonense, sólo que aquí con la peculiar pátina mexicana— nos esperaban varios amigos y amigos de amigos. Su recibimiento fue afectuoso, cálido. Nos quitaron las maletas de las manos, nos sonrieron, nos abrazaron, nos acribillaron a preguntas; todo lo cual dilató los espíritus —los nuestros y los suyos— en el vibrar de una conjunción confortadora. Ellos —primer contacto real con la Revolución— representaban para nosotros la evidencia de que la lucha, por lo menos en la frontera, estaba viva y en marcha. Nosotros —recién llegados desde la propia ciudad de México— tal vez viniésemos a ser para ellos el nuevo eslabón de la interminable cadena de voluntarios que renovaban día a día las filas y la fe.

Lujo insólito en tales circunstancias: el alcalde del pueblo había traído su *Ford* para conducirnos al hotel, que apenas distaba dos pasos. Pero como el auto resultase insuficiente para contenernos a todos, lo abandonamos en el terreno contiguo a la estación y echamos a andar, sin el menor orden, en grupo franco y ruidoso.

Atravesamos una calle y caminamos un tramo de otra: ya estábamos en el hotel. La puerta daba a un pasillo que se convertía, por el fondo, en escalera: callejón, primero, de entrada; luego, callejón ascendente —todo tosco, mugroso y sórdido—. Una figura conocida apareció en lo alto y se mantuvo allá, con los brazos abiertos, durante todo el tiempo que nosotros empleamos en subir: era Isidro Fabela. Una vez arriba, nos saludó efusivamente, abrazándonos y entregándose a grandes transportes cariñosos, dando voces de júbilo que casi produjeron alarma. Entonces se fueron abriendo las puertas de los cuartos y empezaron a salir por ellas hombres de la Revolución: salió Adolfo de la Huerta; salió Lucio Blanco; salieron Ramón Puente, Salvador Martínez Alomía, Miguel Alessio Robles y otros muchos cuya identidad ahora se me escapa. Varios de ellos nos eran conocidos; otros, ni de nombre.

Rafael Zubaran, jefe del grupo que había estado a recibirnos a la llegada del tren, hizo las presentaciones necesarias; muy en lo particular nos presentó al general Lucio Blanco y a Adolfo de la Huerta. Blanco, con su porte noble, sus facciones correctas, su bigote fino y su sombrero de forma entre tejana y mexicana —sombrero de pelo café con visos de oro viejo, ala ancha y arriscada, copa caída hacia atrás, con dos pedradas deformes por el uso—, suscitó en mí impresión gratísima: corrieron del uno al otro, en el acto, efluvios subconscientes de simpatía. En De la Huerta apenas reparé, salvo por un fugaz enfocamiento de la atención, que me hizo percibir su marcado aspecto de indio yaqui y el extraordinario timbre de voz, bella y rica en sonoridades.

•

Fue un serio problema el proporcionarnos alojamiento. Escobosa, el dueño del hotel, declaró que en su casa ya no cabían, no digo otras dos personas, pero ni dos alfileres. La dificultad se zanjó al fin: a mí me destinaron un hueco en el cuarto que ocupaban Adolfo de la Huerta y alguien más; a Pani le abrieron el suyo en la habitación de Martínez Alomía y no recuerdo quién. Allí los dos viajeros nos medio sacudimos el polvo, nos medio lavamos, nos medio peinamos y nos medio pusimos en forma presentable.

—Y ahora, al Cuartel General —dijo Fabela, así que consideramos estar listos—. El Primer Jefe sabe que están ustedes aquí y desea conocerlos.

•

¡El Primer Jefe! ¡El Cuartel General! ¡Qué profunda emoción experimenté al oír por vez primera aquellas palabras, dichas así, cercana y familiarmente! ¡Al evocar hoy esa hora de mi consagración oficial como rebelde, se me agita el alma de igual modo que entonces, mientras caminábamos desde el mugriento hotel Escobosa hasta las oficinas de la Primera Jefatura!

Éstas se hallaban instaladas, a dos calles del edificio aduanal, en una casa baja, de esquina ochavada, cuyo zaguán daba acceso, a derecha e izquierda, a dos perpendiculares alas de habitaciones y se abría al fondo sobre un patio triste, alumbrado por resplandores moribundos. Dos centinelas, de guardia en la calle, terciaron

Párrafos en *cursiva*: texto no leído por el autor.

los fusiles al entrar nosotros. Ocho o diez soldados más, que estaban sentados en dos bancos en el interior del zaguán, se pusieron en pie y se cuadraron. Por su indumentaria, estos soldados no eran tan pintorescos como los villistas que habíamos entrevisto días antes al asomarnos a Ciudad Juárez, pero ostentaban un aire más marcial —hasta donde lo marcial existe en las improvisaciones militares de México— y más austeramente revolucionario. Así al menos me pareció aquella noche.

Tras de esperar cosa de media hora en una piececita que hacía las veces de antesala, irrumpimos en el despacho del Primer Jefe. Irrumpimos en forma que no careció de cierta solemnidad. No menos de quince personas nos acompañaban, entre ellas varios de los más altos personajes del movimiento constitucionalista. Rafael Zubaran, ministro de Gobernación y amigo personal de Pani, nos presentó. Fabela, buen amigo mío, hizo mi panegírico con esa benévola facundia, tan suya, capaz de encontrar siempre virtudes en los demás y amante de elogiarlas. Carranza nos acogió protectora y patriarcalmente. Se había levantado de su sillón de brazos para salirnos al encuentro, y ahora permanecía en pie, en el centro de la pieza, rodeado por nosotros. No recuerdo las frases que dirigió a Pani, aunque sí estoy seguro de que fueron muy halagüeñas. A mí me retuvo la mano varios segundos, y, mientras tanto, estuvo mirándome, desde la cima de su gran estatura, al sesgo de dos anteojos que mandaban sobre mi rostro, junto con lo tierno de un ver dulzón, de un ver casi bovino, los reflejos de la lámpara eléctrica.

Yo iba algo predispuesto en contra de don Venustiano por lo que Vasconcelos acababa de contarme durante nuestra estancia en San Antonio. Esto aparte, su figura evocó en mí asociaciones con los hombres típicos del porfirismo. Más aún: después del candor democrático de Madero, creía notar en él algo que me hizo pensar en don Porfirio tal cual lo vi y lo oí la última vez. Pero, así y todo, confieso que a primera vista don Venustiano no frustró mis esperanzas de revolucionario en cierne. En aquella primera entrevista se me apareció sencillo y sereno, inteligente, honrado, apto. El modo como se peinaba las barbas con los dedos de la mano izquierda —la cual metía por debajo de la nívea cascada, vuelta la palma hacia afuera y encorvados los dedos, a tiempo que alzaba ligeramente el rostro —acusaba tranquilos hábitos de reflexión, hábitos de que no podía esperarse —así lo supuse entonces— nada violento, nada cruel. "Quizás —pensé— no sea éste el genio que a México le hace falta, ni el héroe, ni el gran político desinteresado, pero cuando menos no usurpa su título: sabe ser el Primer Jefe."

Era costumbre de entonces, en Nogales, que los revolucionarios prominentes se sentaran a diario, o casi a diario, a la mesa de Carranza. A Pani y a mí se nos invitó desde luego, sin duda no a título de personajes importantes, que no lo éramos, sino por cortesía ineludible con los recién llegados.

—Dentro de un momento iremos todos a cenar —dijo don Venustiano, dirigiéndose a nosotros—. Si ustedes gustan acompañarnos, no los haré aguardar mucho. Sólo tengo que dar respuesta a dos o tres telegramas urgentes.

Juntos regresamos entonces todos a la antesalita, menos Carranza, que se acercó a su mesa de trabajo, y un joven pálido, alto, flaco en exceso y de modales finos, que fue también hacia la mesa y tomó unos papeles de allí. (Después supe que este joven se llamaba Gustavo Espinosa Mireles y que era el secretario particular del Primer Jefe.)

En la pieza contigua nos pusimos a charlar —primero en conjunto, luego en grupos, después en parejas—. Fabela me llevó a un rincón para hacerme, sin trabas, preguntas sobre nuestros amigos, los ateneístas, que quedaban en México: "¿Y Carlos González Peña? ¿Y Antonio Caso? ¿Y Julio Torri? ¿Y Pedro?"

A favor de una de las muchas reacomodaciones interlocutorias, en cierto momento logré escaparme hacia el patio de la casa. Visto éste de cerca, me pareció más triste que antes, cuando lo había columbrado desde el cubo del zaguán. Lo circundaba, casi a ras de tierra, un corredorcillo cubierto por cuatro salientes del techo que venían a apoyarse en postes desnudos, largos, endebles. A uno de esos postes estaba atada, a la altura de la trabe, una bombilla eléctrica opaca y negruzca, la cual abría hacia un lado el abanico de su luz melancólica, y por el otro dejaba caer, entre los extremos del sector luminoso, un cono de tinieblas. En el espacio iluminado todo era desnudez; en el oscuro, se acumulaban las sombras hasta refluir, en negro amontonamiento, hacia los rincones. Difícil precisar la causa verdadera, pero de aquel patio se desprendía una tristeza infinita: al contacto de su atmósfera, el rumor de las conversaciones de la antesala, que se percibían allí cernidas por la distancia y las paredes y confundidas con el habla de los soldados del zaguán, se escarchaba, se helaba.

Recorrí los tramos del corredor alumbrados por el abanico de luz. Luego alargué mis pasos hasta la parte oculta en la penumbra, y entonces descubrí que no estaba yo solo en el patio. La sombra de un hombre, apoyada en la sombra de un poste, se mantenía inmóvil. La curiosidad me empujó a aproximarme más: la sombra no se movió. Entonces volví a pasar, esta vez más cerca y mirando todavía, aunque aún de reojo, más insistentemente. La sombra era de un hombre gallardo. Un rayo de luz, al darle en la orilla del ala del sombrero, mordía en su silueta un punto gris. Tenía doblado sobre el corazón uno de los brazos, apoyada en el puño la barbilla, y el antebrazo derecho cruzado encima del otro. Por la postura de la cabeza comprendí que el hombre estaba absorto en la contemplación de los astros: la luz estelar le caía sobre la cara y se la iluminaba con tenue fulgor.

Aquella figura humana, ausente en su ensimismamiento, no me era extraña del todo. Con esa seguridad, así que llegué al extremo del corredor volví sobre mis pasos y vine resueltamente a colocarme ante la sombra inmóvil. El hombre salió poco a poco de su contemplación; bajó la mano en que apoyaba la cabeza; se irguió, y dijo con voz dulce y humilde, en raro contraste con la energía y rapidez de sus movimientos, cabalmente militares:

—Buenas noches. ¿Quién es?

—Un viejo conocido, general. ¿O me engaño acaso? ¿No hablo con el general Felipe Ángeles?

Ángeles era, en efecto.

¿Qué hacía allí, solo, melancólico, con el alma perdida en las estrellas, él, verdadero hombre de acción y de grandes impulsos? ¿Por qué estaba a esa hora en ese sitio, encarnando la profunda tristeza que dimanaba del patio de la Primera Jefatura, en vez de hallarse entregado en cuerpo y alma al despacho de los asuntos

militares de la Revolución, para lo cual su capacidad era mil veces superior a la de los generales improvisados? Tanto me desconcertó sorprender así a Ángeles, que evité hablarle de lo que más me importaba —de la eficacia del ejército constitucionalista— y durante los minutos que allí estuvimos dejé que él escogiera los temas de la plática. Naturalmente, hizo desde luego recuerdos de mi padre, de quien él fue discípulo en Chapultepec. Lo rememoró con agrado, con cariño, con admiración.

—En su padre de usted —me dijo entre otras cosas— había el espíritu, pero había también la voz, la voz en que el espíritu resonaba y se hacía sentir y obedecer. Era una voz de mando como yo no he escuchado otra: su sonoridad lindaba con el misterio. Formado el Colegio Militar en todo un trozo del paseo de la Reforma, sus órdenes, aun dichas a media voz, corrían de un extremo a otro de la fila: no había quien no las oyera. Para que me entienda usted mejor, me serviré de una comparación tomada de la mecánica. Su voz era como los proyectiles de mucha masa, que una vez lanzados, así la velocidad sea poca, recorren grandes trayectorias. Cuando él quería, podía hacer, mandando en voz baja, que se le escuchara a distancias adonde otros no hubieran sido escuchados ni a gritos.

¿Se debería acaso a que en las remembranzas de Ángeles había mucho de conmovedor para mí? Lo cierto es que las palabras que brotaban de su boca respondían a la íntima tristeza del patio en que nos hallábamos. De tiempo en tiempo subrayaba la frase con algún modesto ademán de sus manos pequeñas, oscuras como la sombra, o con el anuncio de una sonrisa que no llegaba a formularse.

De nuestra conversación vino a sacarnos ruido de armas y de pasos presurosos. La guardia formaba para hacer los honores.

—Ya sale don Venustiano —dijo Ángeles—. Vamos a cenar.

Cuando volvimos a la antesala, Carranza estaba allí, cubierta la cabeza con el sombrero de alas anchas y dominando a todos con su gran estatura. La luz de la lámpara le bruñía la barba y le bajaba después, por la única hilera de botones que le ajustaba el chaquetín, en chorro de enormes gotas doradas.

Echó a andar; tras él desfilaron los otros. Ángeles y yo nos incorporamos a la comitiva: yo, con timidez bisoña; él, con su timidez de siempre. Y a poco salimos a la calle.

El corneta de guardia tocó marcha de honor.

•

La cena, excelente por sus manjares e interesantísima por los individuos que ponía en contacto, no logró hacernos hablar mucho ni a Pani ni a mí. Más bien nos dedicamos a ver, oír y gustar. Yo, desde luego, no dejé de fijarme en ciertos detalles que para la edificación de un rebelde primerizo suponían alguna importancia. Noté, por ejemplo, que Rafael Zubaran ocupaba de pleno derecho el primer sitio a la diestra de don Venustiano, lo cual me pareció muy bien: Zubaran era el Secretario de Gobernación en el gabinete revolucionario. Noté que Ángeles, recientemente nombrado Secretario de la Guerra, no tomaba para sí el primer sitio de la izquierda, sino que éste se reservaba al coronel Jacinto Treviño, jefe del estado mayor de Carranza. Noté que Adolfo de la Huerta iba a sentarse adrede, y ajeno a su cargo oficial, relativamente alto, entre los comensales de menos ínfulas. Y noté, en fin, que don Venustiano no perdía un segundo la batuta de la conversación; que hacía a cada paso alusiones históricas —evocadoras en especial de la época de la Reforma—, y que era escuchado por todos con acatamiento profundo, hasta cuando incurría en notorios disparates, como al escapársele aquella noche dos o tres que hubieran hecho sonreír a cualquier estudiante de primer año de Derecho.

Indiferentes a todo, los soldados de caballería que vigilaban a los prisioneros no se fijaban en él. A ellos no les preocupaba más que la molestia de estar montando una guardia fatigosa —guardia incomprensible después de la excitación del combate— que les exigía tener lista la carabina, cuya culata apoyaban en el muslo. De cuando en cuando, si algún prisionero parecía apartarse, los soldados apuntaban con aire resuelto y, de ser preciso, hacían fuego. Una onda rizaba entonces el perímetro informe de la masa de prisioneros, los cuales se replegaban para evitar el tiro. La bala pasaba de largo o derribaba a alguno.

Fierro avanzó hasta la puerta del corral; gritó a un soldado, que vino a descorrer las trancas, y entró. Sin quitarse el sarape de sobre los hombros echó pie a tierra. El salto le deshizo el embozo. Tenía las piernas entumecidas de cansancio y de frío: las estiró. Se acomodó las dos pistolas. Se puso luego a observar despacio la disposición de los corrales y sus diversas divisiones. Dio varios pasos hasta una de las cercas, sin soltar la brida, la cual pasó, para dejar sujeto el caballo, por entre la juntura de dos tablas. Sacó de las cantinas de la silla algo que se metió en los bolsillos de la chaqueta, y atravesó el corral a poca distancia de los prisioneros.

CARA II
Duración:
19'00"

Los corrales eran tres, comunicados entre sí por puertas interiores y callejones angostos. Del que ocupaban los colorados, Fierro pasó, deslizando el cuerpo entre las trancas de la puerta, al de en medio; en seguida, al otro. Allí se detuvo. Su figura, grande y hermosa, irradiaba un aura extraña, algo superior, algo prestigioso y a la vez adecuado al triste abandono del corral. El sarape había venido resbalándole del cuerpo hasta quedar pendiente apenas de los hombros: los cordoncillos de las puntas arrastraban por el suelo. Su sombrero, gris y ancho de ala, se teñía de rosa al recibir de soslayo la luz poniente del sol. Vuelto de espaldas, los prisioneros lo veían desde lejos, a través de las cercas. Sus piernas formaban compás hercúleo y destellaban; el cuero de sus mitasas brillaba en la luz del atardecer.

A unos cien metros, por la parte exterior a los corrales, estaba el jefe de la tropa encargada de los prisioneros. Fierro lo vio y le indicó a señas que se acercara. El oficial cabalgó hasta el sitio de la valla más próximo a Fierro. Éste caminó hacia él. Hablaron. Por momentos, conforme hablaban, Fierro fue señalando diversos puntos del corral donde se encontraba y del corral contiguo. Después describió, moviendo la mano, una serie de evoluciones que repitió el oficial como con ánimo de entender mejor. Fierro insistió dos o tres veces en una maniobra al parecer muy importante, y el oficial entonces, seguro de las órdenes recibidas, partió al galope hacia donde estaban los prisioneros.

Tornó Fierro al centro del corral, y otra vez se mantuvo atento a estudiar la disposición de las cercas y cuanto las rodeaba. De los tres corrales, aquél era el más amplio y, según parecía, el primero en orden —el primero con relación al pueblo—. Tenía en dos de sus lados sendas puertas hacia el campo: puertas de trancas más estropeadas —por mayor uso— que las de los corrales posteriores, pero de maderos más fuertes. En otro lado se abría la puerta que daba al corral inmediato, y el lado restante no era una simple valla de madera, sino tapia de adobes, de no menos de tres metros de altura. La tapia mediría como sesenta metros de largo, de los cuales, veinte servían de fondo a un cobertizo o pesebre, cuyo tejado bajaba de la barda y se asentaba, de una parte, en los postes, prolongados, del extremo de una de las cercas que lindaban con el campo, y de la otra, en una pared, también de adobe, que salía perpendicularmente de la tapia y avanzaba cosa de quince metros hacia los medios del corral. De esta suerte, entre el cobertizo y la valla del corral próximo venía a quedar un espacio cerrado en dos de sus lados por paredes macizas. En aquel rincón el viento de la tarde amontonaba la basura y hacía sonar con ritmo anárquico, golpeándolo contra el brocal de un pozo, un cubo de hierro. Del brocal del pozo se elevaban dos palos secos, toscos, terminados en horqueta, sobre los cuales se atravesaba otro más, y desde éste pendía la cadena de una garrucha, que también sonaba movida por el viento. En lo más alto de una de las horquetas, un pájaro grande —inmóvil, blanquecino— se confundía con las puntas del palo, resecas y torcidas.

Fierro se hallaba a cincuenta pasos del pozo. Detuvo un segundo la vista sobre la quieta figura del pájaro, y, como si la presencia de éste encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de expresión, ni de postura, ni de gesto, sacó la pistola lentamente. El cañón del arma, largo y pulido, se transformó en dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco el gran dedo fue enderezándose hasta señalar en dirección del pájaro. Sonó el disparo —seco y diminuto en la inmensidad de la tarde— y el animal cayó al suelo. Fierro volvió la pistola a la funda.

En aquel instante un soldado, trepando a la cerca, saltó dentro del corral. Era el asistente de Fierro. Había dado el brinco desde tan alto que necesitó varios segundos para erguirse otra vez. Al fin lo hizo y caminó hacia donde estaba su amo. Fierro le preguntó, sin volver la cara:

—¿Qué hubo con ésos? Si no vienen pronto, se hará tarde.

—Parece que ya vienen ay —contestó el asistente.

—Entonces, tú ponte allí. A ver, ¿qué pistola traes?

—La que usted me dio, mi jefe. La mitigüeson.

—Dácala, pues, y toma estas cajas de parque. ¿Cuántos tiros dices que tienes?

—Unas quince docenas, con los que he arrejuntado hoy, mi jefe. Otros hallaron hartos, yo no.

—¿Quince docenas?... Te dije el otro día que si seguías vendiendo el parque para emborracharte iba a meterte una bala en la barriga.

—No, mi jefe.

—No mi jefe, qué.

—Que me embriago, mi jefe, pero no vendo el parque.

—Pues cuidadito, porque me conoces. Y ahora ponte vivo, para que me salga bien esta ancheta. Yo disparo y tú cargas las pistolas. Y oye bien esto que te voy a decir: si por tu culpa se me escapa uno siquiera de los colorados, te acuesto con ellos.

—¡Ah, qué mi jefe!

—Como lo oyes.

El asistente extendió su frazada sobre el suelo y vació en ella las cajas de cartuchos que Fierro acababa de darle. Luego se puso a extraer uno a uno los tiros que traía en las cananas de la cintura. Quería hacerlo tan de prisa, que se tardaba más de la cuenta. Estaba nervioso, los dedos se le embrollaban.

—¡Ah, qué mi jefe! —seguía pensando para sí.

Mientras tanto, del otro lado de la cerca que limitaba el segundo corral fueron apareciendo algunos soldados de la escolta. Montados a caballo, medio busto les sobresalía del borde de las tablas. Muchos otros se distribuyeron a lo largo de las dos cercas restantes.

Fierro y su asistente eran los únicos que estaban dentro del primero de los tres corrales: Fierro con una pistola en la mano y el sarape caído a los pies; el asistente, en cuclillas, ordenando sobre su frazada las filas de cartuchos.

El jefe de la escolta entró a caballo por la puerta que comunicaba con el corral contiguo y dijo:

—Ya tengo listos los primeros diez. ¿Te los suelto?

Fierro respondió:

—Sí, pero antes entéralos bien del asunto: en cuanto asomen por la puerta yo empezaré a dispararles; los que lleguen a la barda y la salten quedan libres. Si alguno no quiere entrar, tú métele bala.

Volvióse el oficial por donde había venido, y Fierro, pistola en mano, se mantuvo alerta, fijos los ojos en el estrecho espacio por donde los prisioneros iban a irrumpir. Se había situado lo bastante próximo a la valla divisoria para que, al hacer fuego, las balas no alcanzaran a los colorados que todavía estuviesen del lado de allá: quería cumplir lealmente lo prometido. Pero su proximidad a las tablas no era tanta que los prisioneros, así que empezase la ejecución, no descubrieran, en el acto mismo de trasponer la puerta, la pistola que les apuntaría a veinte pasos. A espaldas de Fierro el sol poniente convertía el cielo en luminaria roja. El viento seguía soplando.

En el corral donde estaban los prisioneros creció el rumor de voces —voces que los silbos del viento destrozaban, voces como de vaqueros que arrearan ganado—. Era difícil la maniobra de hacer pasar del corral último al corral de en medio a los trescientos hombres condenados a morir en masa; el suplicio que los amenazaba hacía encresparse su muchedumbre con sacudidas de organismo histérico. Se oía gritar a la gente de la escolta, y de minuto en minuto, los disparos de carabina recogían las voces, que sonaban en la oquedad de la tarde como chasquido en la punta de un latigazo.

De los primeros prisioneros que llegaron al corral intermedio un grupo de soldados segregó diez. Los soldados no bajaban de veinticinco. Echaban los caballos sobre los presos para obligarlos a andar; les apoyaban contra la carne las bocas de las carabinas.

—¡Traidores! ¡Jijos de la rejija! ¡Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usté p'allá, traidor!

Y así los hicieron avanzar hasta la puerta de cuyo otro lado estaban Fierro y su asistente. Allí la resistencia de los colorados se acentuó; pero el golpe de los caballos y el cañón de las carabinas los persuadieron a optar por el otro peligro, por el peligro de Fierro, que no estaba a un dedo de distancia, sino a veinte pasos.

Tan pronto como aparecieron dentro de su visual, Fierro los saludó con extraña frase —frase a un tiempo cariñosa y cruel, de ironía y de esperanza:

—¡Ándenles, hijos: que nomás yo tiro y soy mal tirador!

Ellos brincaban como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por los soldados dispuestos a lo largo de la cerca. Los otros corrieron a escape hacia la tapia: loca carrera que a ellos les parecería como de sueño. Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó el primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo —Fierro disparó ocho veces en menos de seis segundos—, y el último cayó al tocar con los dedos los adobes que, por un extraño capricho de ese momento, separaban de la región de la vida la región de la muerte. Algunos cuerpos dieron aún señales de estar vivos; los soldados, desde su puesto, tiraron para rematarlos.

Y vino otro grupo de diez, y luego otro, y otro, y otro. Las tres pistolas de Fierro —dos suyas, la otra de su ordenanza— se turnaban en la mano homicida con ritmo infalible. Cada una disparaba seis veces —seis veces sin apuntar, seis veces al descubrir— y caía después encima de la frazada. El asistente hacía saltar los casquillos quemados y ponía otros nuevos. Luego, sin cambiar de postura, tendía hacia Fierro la pistola, el cual la tomaba casi al soltar la otra. Los dedos del asistente tocaban las balas que segundos después tenderían sin vida a los prisioneros; pero él no levantaba los ojos para ver a los que caían: toda su conciencia parecía concentrarse en la pistola que tenía entre las manos y en los tiros, de reflejos de oro y plata, esparcidos en el suelo. Dos sensaciones le ocupaban lo hondo de su ser: el peso frío de los cartuchos que iba metiendo en los orificios del cilindro y el contacto de la epidermis, lisa y cálida, del arma. Arriba, por sobre su cabeza, se sucedían los disparos con que su jefe se entregaba al deleite de hacer blanco.

El angustioso huir de los prisioneros en busca de la tapia salvadora —fuga de la muerte en una sinfonía espantosa donde la pasión de matar y el ansia inagotable de vivir luchaban como temas reales— duró cerca de dos horas, irreal, engañoso, implacable. Ni un instante perdió Fierro el pulso o la serenidad. Tiraba sobre blancos movibles y humanos, sobre blancos que daban brincos y traspiés entre charcos de sangre y cadáveres en posturas inverosímiles, pero tiraba sin más emoción que la de errar o acertar. Calculaba hasta la desviación de la trayectoria por efecto del viento, y de un disparo a otro la corregía.

Algunos prisioneros, poseídos de terror, caían de rodillas al trasponer la puerta: la bala los doblaba. Otros bailaban danza grotesca al abrigo del brocal del pozo hasta que la bala los curaba de su frenesí o los hacía caer, heridos, por la boca del hoyo. Casi todos se precipitaban hacia la pared de adobes y trataban de escalarla trepando por los montones de cuerpos entrelazados, calientes, húmedos, humeantes: la bala los paralizaba también. Algunos lograban clavar las uñas en la barda, hecha de paja y tierra, pero sus manos, agitadas por intensa ansiedad de vida, se tornaban de pronto en manos moribundas.

La ejecución en masa llegó a envolverse en un clamor tumultuario donde descollaban los chasquidos secos de los disparos, opacados por la inmensa voz del viento. De un lado de la cerca gritaban los que huían de morir y al cabo morían; de otro, los que se defendían del empuje de los jinetes y pugnaban por romper el cerco que los estrechaba hasta la puerta terrible. Y al griterío de unos y otros se sumaban las voces de los soldados distribuidos en el contorno de las cercas. Éstos habían ido enardeciéndose con el alboroto de los disparos, con la destreza de Fierro y con los lamentos

y el accionar frenético de los que morían. Saludaban con exclamaciones de regocijo la voltereta de los cuerpos al caer; vociferaban, gesticulaban; histéricos, reían a carcajadas al hacer fuego sobre los montones de carne humana donde advertían el menor indicio de vida.

El postrer pelotón de los ajusticiados no fue de diez víctimas, sino de doce. Los doce salieron al corral de la muerte atropellándose entre sí, procurando cada uno cubrirse con el grupo de los demás, a quienes trataban de adelantarse en la horrible carrera. Para avanzar hacían corcovos sobre los cadáveres hacinados; pero la bala no erraba por eso: con precisión siniestra iba tocándolos uno tras otro y los dejaba a medio camino de la tapia —abiertos de brazos y piernas— abrazados al montón de sus hermanos inmóviles. Sin embargo, uno de ellos, el último que quedaba con vida, logró llegar hasta la barda misma y salvarla... El fuego cesó de repente y el tropel de soldados se agolpó en el ángulo del corral inmediato, para ver al fugitivo.

Pardeaba la tarde. La mirada de los soldados tardó en acostumbrarse al parpadeo interferente de las dos luces. De pronto no vieron nada. Luego, allá lejos, en la inmensidad de la llanura ya medio en sombra, fue cobrando precisión un punto inmóvil un punto móvil, después un cuerpo que corría. Tanto se doblaba el cuerpo al correr, que por momentos se le hubiera confundido con algo rastreante a flor de suelo.

Un soldado levantó el rifle para hacer blanco:

—Se ve mal —dijo, y disparó.

La detonación se perdió en el viento del crepúsculo. El punto siguió su carrera.

Fierro no se había movido de su sitio. Rendido el brazo, largo tiempo lo tuvo suelto hacia el suelo. Luego notó que le dolía el índice y levantó la mano hasta los ojos: en la semioscuridad comprobó que el dedo se le había hinchado ligeramente; se lo oprimió con blandura entre los dedos y la palma de la otra mano. Y así se mantuvo: largamente entregado todo él a la dulzura de un masaje moroso. Por fin, se inclinó para recoger del suelo el sarape, del cual se había desembarazado desde los preliminares de la ejecución. Se lo echó sobre los hombros y caminó para acogerse al socaire del cobertizo. A los pocos pasos se detuvo y dijo al asistente:

—Así que acabes, tráete los caballos.

Y siguió andando.

El asistente juntaba los cartuchos quemados. En el corral contiguo los soldados de la escolta desmontaban, hablaban, canturreaban. El asistente los escuchaba en silencio y sin levantar la cabeza. Después se irguió con lentitud. Cogió la frazada por las cuatro puntas y se la echó a la espalda: los casquillos vacíos sonaron dentro con sordo cascabeleo.

Había anochecido. Brillaban algunas estrellas. Brillaban las lucecitas de los cigarros al otro lado de las tablas de la cerca. El asistente rompió a andar con paso débil, y fue, medio a tientas, hasta el último de los corrales, de donde regresó a poco trayendo de la brida los dos caballos —el de su amo y el suyo—, y, sobre uno de los hombros, la mochila de campaña.

Se acercó al pesebre. Sentado sobre una piedra, Fierro fumaba en la oscuridad. En las juntas de las tablas silbaba el viento.

—Desensilla y tiéndeme la cama —ordenó Fierro—; ya no aguanto el cansancio.

—¿Aquí en este corral, mi jefe? ... ¿Aquí? ...

—Sí, aquí.

Hizo el asistente como le ordenaban. Desensilló y tendió las mantas sobre la paja, arreglando con el maletín y la montura una especie de cabezal. Minutos después de tenderse allí, Fierro se quedó dormido.

El asistente encendió su linterna, dio grano a los animales y dispuso lo necesario para que pasaran bien la noche. Luego apagó la luz, se envolvió en su frazada y se acostó a los pies de su amo. Pero un momento después se incorporó de nuevo, se hincó de rodillas y se persignó. En seguida volvió a tenderse en la paja.

Pasaron seis, siete horas. Había caído el viento. El silencio de la noche se empapaba en luz de luna. De tarde en tarde sonaba próximo el estornudo de algún caballo. Brillaba el claro lunar en la abollada superficie del cubo del pozo y hacía sombras precisas al tropezar con todos los objetos: con todos, menos con los montones de cadáveres. Éstos se hacinaban, enormes en medio de tanta quietud, como cerros fantásticos, cerros de formas confusas, incomprensibles.

El azul plata de la noche se derramaba sobre los muertos con la más pura limpidez de la luz. Pero insensiblemente aquella luz de noche fue convirtiéndose en voz, voz también irreal y nocturna. La voz se hizo distinta: era una voz apenas perceptible, apagada, doliente, moribunda, pero clara en su tenue contorno como las sombras que la luna dibujaba sobre las cosas. Desde el fondo de uno de los montones de cadáveres la voz parecía susurrar:

—Ay...

Luego calló, y el azul de plata de la noche volvió a ser sólo luz. Mas la voz se oyó de nuevo:

—Ay... Ay...

Fríos e inertes desde hacía horas, los cuerpos apilados en el corral seguían inmóviles. Los rayos lunares se hundían en ellos como en una masa eterna. Pero la voz tornó:

—Ay... Ay... Ay...

Y este último "ay" llegó hasta el sitio donde Fierro dormía e hizo que la conciencia del asistente pasara del olvido del sueño a la sensación de oír. El asistente recordó entonces la ejecución de los trescientos prisioneros, y el solo recuerdo lo dejó quieto sobre la paja, entreabiertos los ojos y todo él pendiente del lamento de la voz, pendiente con las potencias íntegras de su alma.

—Ay... Por favor...

Fierro se agitó en su cama...

—Por favor... agua...

Fierro despertó y prestó oído...

—Por favor... agua...

Entonces Fierro alargó un pie hasta su asistente.

—¡Eh, tú! ¿No oyes? Uno de los muertos está pidiendo agua.

—¿Mi jefe?

—¡Que te levantes y vayas a darle un tiro a ese jijo de la tiznada que se está quejando! ¡A ver si me deja dormir!

—¿Un tiro a quién, mi jefe?

—A ese que pide agua, ¡imbécil! ¿No entiendes?
—Agua, por favor —repetía la voz.

El asistente sacó la pistola de debajo de la montura y, empuñándola, se levantó y salió del pesebre en busca de los cadáveres. Temblaba de miedo y de frío. Uno como mareo del alma lo embargaba.

A la luz de la luna buscó. Cuantos cuerpos tocaba estaban yertos. Se detuvo sin saber qué hacer. Luego disparó sobre el punto de donde parecía venir la voz: la voz se oyó de nuevo. El asistente tornó a disparar: se apagó la voz.

La luna navegaba en el mar sin límites de su luz azul. Bajo el techo del pesebre, Fierro dormía.

IMPRESO EN MÉXICO IMPRENTA MADERO, S. A.